

LA VALENCIA DEL SUEÑO EN ALGUNOS RELATOS DE MIGUEL DE UNAMUNO

EVELYN KLEIN*

En el transcurso de la historia de las Letras españolas, el sueño ha ocupado un lugar significativo, y su sentido ha sido acotando en cada época de acuerdo con las diferentes improntas ideológico filosóficas gobernantes. En términos muy abarcativos, así, se podría hacer un rastreo y una tipología al respecto: por ejemplo, durante la Edad Media, en la literatura caballeresca, el sueño aparece como premonitorio; en el Romanticismo, el sueño da cuenta de una realidad vaga; en el Modernismo... Sin escapar a esta lógica, a fines del siglo XIX, y probablemente por la influencia en los artistas y pensadores de las lecturas sobre los avances en el campo de la Psicología –recuérdese que Freud publica *La interpretación de los sueños* en 1900–, el tratamiento del sueño se fue complejizando y fue adquiriendo otros matices e improntas. Tal importancia y raigambre obtuvo esta categoría en el ámbito artístico y filosófico que luego, durante las Vanguardias de principio de siglo, el sueño se convirtió en un mecanismo impulsor y generador de arte en todas sus manifestaciones y propulsor de nuevas ideas metafísicas vinculadas a la new age y otras.

El siguiente trabajo tiene por objeto circunscribir el valor que adquiere la idea del sueño en parte de la obra narrativa de don Miguel de Unamuno, a saber, *Amor y Pedagogía* (1902), *Niebla* (1914), *Abel Sánchez* (1917), *La tía Tula* (1921) y *San Manuel Bueno, mártir* (1931)¹.

El sueño es un motivo recurrente en la obra de Miguel de Unamuno, aparece en sus *nivolas*, poemas y ensayos. Como en esta oportunidad me remito exclusivamente a observar y dar cuenta del sueño en el material narrativo, puedo señalar, como primer índice para abordar la problemática, que esta “instancia onírica” surge dependientemente vinculada a algunos personajes –no a todos–, a diferencia del tratamiento que recibe, por

* Centro de Estudios Clásicos y Medievales. Universidad Nacional del Comahue.

¹ Las ediciones que se manejan son la siguientes: *Amor y Pedagogía*, Espasa Calpe, Austral, Buenos Aires, 1952; *Niebla*, Huemul, Buenos Aires, 1988; *Abel Sánchez*, Cántaro, Buenos Aires, 1999; *La tía Tula*, Editores Mexicanos Unidos, Méjico, 1981; *San Manuel Bueno, mártir*, Cátedra, Barcelona, 1996. Todas las citas de las obras se realizarán siguiendo estas ediciones.

ejemplo, en los ensayos filosóficos, literarios², etc. Aunque toda la obra narrativa de Unamuno es parte de su exposición filosófica, aquí, el sueño se constituye en el tema a partir del cual el autor organiza y estructura una serie de ideas que fundamentan su valor *per se*. Ahora bien, estas ideas fundadas en torno al concepto del sueño cobran cuerpo y se materializan en la obra de ficción del bilbaíno. El objeto de este análisis es mostrar, entonces, cómo se realiza el sueño en los personajes y qué función cumple esa instancia en el contexto narratológico inmediato y en el sentido ulterior de la obra. A su vez, se intentan establecer relaciones entre la idea del sueño con otras ideas trascendentes de la obra unamuniana, a saber, la vida y la muerte, la inmortalidad, etc., que se ven cristalizadas de especial modo en unas novelas más que en otras. Por ejemplo, *San Manuel Bueno, mártir*, articula mejor que ningún otro texto las ideas de sueño e inmortalidad; en *Abel Sánchez* se lleva al extremo el perfil del personaje agónico, realizado en Joaquín, y la dualidad yo/ otro; etc.

Para comprender la naturaleza de la problemática que se ha planteado – la concreción del sueño a través de ciertos personajes-, resulta pertinente intentar dar cuenta de qué idea tiene el propio don Miguel de Unamuno acerca de la entidad de sus personajes. Esto está sugestivamente tratado en una de sus *novelas*, *Niebla*, en términos de una discusión que entablan el personaje Augusto Pérez y el narrador, Miguel de Unamuno, hacia el final de la obra, en los capítulos XXXII y XXXIII, pero ya está perfilado previamente en el prólogo, en palabras del personaje Víctor Goti:

Se empeña don Miguel de Unamuno en que ponga yo un prólogo a este su libro en que relata la tan lamentable historia de mi buen amigo Augusto Pérez y su misteriosa muerte, y yo no puedo menos sino escribirlo, porque *los deseos del señor Unamuno son para mí mandatos en la más genuina acepción de este vocablo*³. Sin haber llegado yo al extremo de escepticismo hemletiano de mi pobre amigo

² Hago alusión a las referencias al sueño que aparecen en *Del sentimiento trágico de la vida*, Losada, Buenos Aires, 1998, y en los ensayos “Sueño y acción”, “Morirse de sueño” y “La vida es sueño”, en *De esto y de aquella*, Espasa Calpe, Austral, Madrid, 1973, pp. 14-20, 34-37, 62-69, respectivamente. Las citas de estas obras se realizan por estas ediciones.

³ Todas las cursivas en adelante son mías.

Pérez, que *llegó a dudar de su propia existencia*, estoy firmemente persuadido de que *carezco de eso que los psicólogos llaman libre albedrío*, aunque para mi consuelo *creo* también que *tampoco goza del Miguel de él*. (43)

Este primer párrafo de *Niebla* introduce lo que más adelante, en el post-prólogo, y a continuación, en la “Historia de Niebla” confirma el narrador Unamuno:

Cuando aquel mi Augusto Pérez de hace veintiún años (...) se me presentó en sueños creyendo yo haberle finado y pensando, arrepentido, resucitarle, me preguntó si creía yo posible resucitar a don Quijote, y al contestarle que “¡imposible!”, “pues en el mismo caso estamos los demás entes de ficción”, me arguyó, y al yo replicarle: “¿y si te vuelvo a soñar?”, él: “No se sueña dos veces el mismo sueño. Ese que usted vuelva a soñar y crea que soy yo será otro”. ¿Otro? ¡Cómo me ha perseguido y me persigue ese otro! (*Niebla*, 56).

De esto, se puede dar por cierto, entonces, que la realidad novelística de los personajes es soñada por el autor y que, por lo tanto, las vidas de los entes de ficción son sueños. Ahora bien, consciente y confundido por la naturaleza de su existencia, Augusto Pérez refrenda a su interlocutor aduciendo que: “¡Dios dejará de soñarle! Se morirá usted, se morirá aunque no lo quiera, (...) se morirán todos los que lean mi historia (...) ¡Entes de ficción como yo, lo mismo que yo! (*Niebla*, 62).

De que “la vida es sueño” nace de la preocupación de Unamuno por el más allá de la muerte. A partir de esta sentencia, el autor intenta clarificar subjetivamente el problema de la trascendencia del hombre y la vida eterna. Para esto actualiza en varios momentos de su producción ensayística la dificultad semántica que se advierte al carecer, la lengua castellana, de más de una expresión para referir a la acción de dormir y la de soñar, confundiéndose en el vocablo “sueño” ambos sentidos. Para él, dormir implica un estado de alienación, de indiferencia; duermen quienes viven en la miseria moral de la neutralidad absoluta y en la falta de compromiso ideológico. Dormir sin soñar es vivir en un estado de “modorra”. Soñar, por su parte, es vivir; y vive más el que más sueña:

Sólo obra con eficacia y empeño quien se alimenta de la eterna ilusión consoladora, que soñar la acción es lo mismo que actuar el ensueño. ¿Qué llevó a la acción a don

Quijote, a Colón, a Cortés, Pizarro y Magallanes y a los demás héroes? Un sueño generoso y grande: el sueño de gloria (“Sueño y acción”, 17)

Esta distinción entre soñar y dormir, que aclara y desambigua en sus trabajos ensayísticos, queda desdibujada voluntariamente en sus narraciones ficcionales. El sueño y el dormir se confunden y se colocan en yuxtaposición, volviéndose términos ambiguos y confusos. Si bien, como se viene apreciando, Unamuno aspira a que personajes y lectores sueñen – con toda la carga ideológica que ello conlleva-, contrariamente a su voluntad coloca a estos entes en situaciones en las que no se sabe exactamente lo que quiere decir mediante el uso de los términos dormir y soñar, mezclando sentidos que, con frecuencia, se esfuerza por definir o acotar. Para lograr una ideatangible de lo expuesto, se presenta el siguiente recorte:

Una noche, sacudiendo por un momento el sueño crónico y antes de entregarse a otro, susurra Marina unas palabras al oído de Avito. Él no duerme en toda la noche (*Amor*, p. 36).

A sola se tocaba los pechos que empiezan a henchirsele; va a brotar del sueño de la vida, la vida del sueño. ¡Pobre Avito! ¿despertará ahora? ¿se dormirá ahora? (*Amor*, p. 39).

Marina mira a Rosita. Se la dejan, se la dejan para ella sola, le dejan la flor de su sueño, la triste sonrisa hecha carne. La niña en sueños parece mamar sus labios de invisible pecho. Su madre, harta de llenar de besos a esta flor de sus sueños, no la despierta ¡que duerma!, ¡que duerma lo más que pueda!. Por no despertarla se los tiene que guardar, los besos... (*Amor*, p. 73).

Espera [Apolodoro] al sueño y es su más dulce vivir el de esperarlo. El sueño es la fuente de la salud, porque es vivir sin saberlo. No sabe que vive el que no duerme (*Amor*, p. 83).

Apolodoro ve pasar flotando el cadaver: “(...) luego la vida pesa y la muerte aligera... ¡Duerme! Duerme (...) Vida... sueño... muerte”. (*Amor*, p. 94)

Joaquín no durmió la noche de la víspera (...) –Quiero ver a la niña Joaquinita, a la pobre Joaquinita...// - Sí, ve, mírala, está dormida (*Abel*, p. 66)

Tomaba al niño su abuela Antonia, que era quien le cuidaba, y apechugándolo como para ampararlo y cual si presintiere alguna desgracia, le decía: “Duerme, hijo mío, duerme, que cuanto más duermas mejor. Así crecerás sano y fuerte. Y luego también, mejor dormido que despierto, sobre todo en esta casa (*Abel*, p. 115).

Al ver al niño dormido y sereno, con los labios en flor entreabiertos, vio el amor hecho carne que vive. Y allí, sobre la cuna, contemplando a su fruto, traía a sí a la madre, y mientras el niño sonreía en sueños palpitando sus labios, besaba él a Rosa en la corola de sus labios frescos (*Tula*, p. 39).

Gertrudis estaba brizando la pasión de Ramiro para adormecérsela (*Tula*, p. 49).

Quería atemperarle [Tula a Ramiro] a una vida de familia purísima y campesina, hacer que se acostase cansado de luz y de aires libres, que se durmiese, oyendo fuera el grillo, para dormir sin ensueños (...) (*Tula*, p. 50).

[Augusto] dirigióse a su cuarto, y al reparar en la cama dijo: “¡Solo! ¡Dormir solo! ¡Soñar solo! (...) (*Niebla*, p. 83)

Así he vivido desde que murió mi madre, conmigo mismo, nada más que conmigo, es decir, dormido. Y no he sabido lo que es dormir juntamente, dormir dos un mismo sueño. ¡Dormir juntos! (*Niebla*, p. 134).

Faltaban tres días para el de la boda. Augusto salió de la casa de su novia pensativo. Apenas pudo dormir aquella noche. (*Niebla*, p. 249).

- Sí, mejor es que duerma -le dijo Domingo, mientras le subía el embozo de las mantas-; esto se le pasará durmiendo.// - Sí, durmiendo se me pasará... Pero dí, ¿es que no he hecho nunca más que dormir, más que soñar? (*Niebla*, p. 276).

“Sí -me dije-, voy a resucitarle y que haga luego lo que se le antoje, que se suicide si es así su capricho”. Y con esta idea de resucitarle me quedé dormido (*Niebla*, p. 280)

Y que sueñen [los pecadores], que sueñen. ¡Que ganas tengo de dormir, dormir sin fin, dormir por toda una eternidad y sin soñar!, ¡olvidando el sueño! (*Manuel*, p. 137).

Todas estas fragmentarias extracciones permiten observar que, a veces, dormir y soñar significan lo mismo; que, otras veces, dormir es alienarse y soñar, vivir apasionadamente, aunque en algunos pasajes no se percibe la distinción claramente; unas veces, dormir implica necesariamente soñar y otras, no. Esta indefinición semántica desorienta a los personajes tanto

como a los lectores, quienes saben del alcance de ambos sentidos. Pero la confusión es intencional, Unamuno nos intenta confundir, pues ve en este proceso de confusión el método auténtico de realización de la vida: naturalmente la vida es confusa, paradójica, trágica. Así b reconocen sus entes de ficción:

Y hay que confundir. Confundir sobre todo. Confundir el sueño con la vela, la ficción con la realidad, lo verdadero con lo falso; confundir todo en una sola niebla (...) (*Niebla*, p. 254)

Pese a todas estas mixturas y entrelazamientos, no caben dudas que la idea ulterior que aflora en los textos unamunianos es que el sueño no es un “irse del mundo”, no es una instancia de alienación para evadir el sufrimiento; por el contrario, el sueño es la experiencia de un vivir profundo llevada a cabo por seres especialmente sensibles. Bajo esta premisa se entiende por qué los personajes sueñan, por qué Unamuno sueña sus personajes y los ficcionaliza: para que nosotros los soñemos a todos. Aspira a crear en el lector una sensibilidad especial, nueva y salvadora.

Vinculada con el modo de entender el sueño está *su* manera de entender la inmortalidad: se alcanza la vida perdurable si se logra ser objeto de los sueños de otros; Unamuno, hombre de fe, adopta las formas que propone el cristianismo para dar cuenta de la vida eterna, pero se aleja de la ortodoxia cristiana en el mismo instante en que no ubica la vida ultraterrena ni en el paraíso ni en el infierno, sino en el recuerdo y en el sueño de los que quedan⁴. Soñar es una actividad de ejecución y de recuperación: quien sueña algún personaje, lo hace inmortal; quien, a su vez, sueña con acciones duraderas y grandes, seguramente será soñado en la posteridad. La inmortalidad se alcanza, entonces, en el sueño del otro:

Pero ¿murió acaso Rosa? ¿se murió de veras? ¿podía haberse muerto viviendo él, Ramiro? No; en sus noches, ahora solitarias, mientras se dormía solo en aquella cama de la muerte y de la vida y del amor, sentía a

⁴ En un diálogo que tienen Lázaro y Ángela Carballino, el joven le dice a su hermana:

- (...) Él me curó de mi progresismo. Porque hay, Ángela, dos clases de hombres peligrosos y nocivos: los que convencidos de la vida de ultratumba, de la resurrección de la carne, atormentan a los demás para que, despreciando esta vida como transitoria, se ganen la otra, y los que no creyendo más que en éste...
- Como acaso tú... - le decía yo
- Y sí, y como don Manuel. (...) (*San Manuel Bueno*, p. 141)

su lado el ritmo de su respiración, su calor tibio, aunque con una congojosa sensación de vacío (*Tula*, p. 39)

No obstante, en ninguna de sus novelas está tan bien trabajada esta preocupación como en *San Manuel Bueno, mártir*. En su lecho de muerte, Lázaro se lamenta ante su hermana Ángela:

- No siento tanto tener que morir -me decía en sus últimos días-, como que conmigo se muere otro pedazo del alma de don Manuel. Pero lo demás de él vivirá contigo. Hasta que un día hasta los muertos nos moriremos del todo (*Manuel*, p. 143)

Adviértase que aquí Unamuno se distancia aún más de la idea de “vida eterna”, al sugerir su personaje que “los muertos nos moriremos del todo”. Vivir en el alma de quien sueña es ser inmortal, pero solo trasciende quien ha soñado con ahínco y actuado en consecuencia; y pese a todo ello, se plantea la cuestión de que pasadas ciertas generaciones los sueños no serán reconocidos y actualizados por los vivos, y, por extensión, la “vida eterna” se desvanecerá en el olvido y en la oscuridad. Una vez más, don Miguel nos somete a los juegos paradójicos; en este caso, logra confundir la vida perdurable con la muerte.

Anteriormente se señaló que no todos los personajes tienen la condición de ser “soñadores”. Además de ser unos pocos, y a modo de síntesis de lo que se ha dicho hasta ahora, se puede afirmar que los personajes que sueñan son los más agónicos, los más trágicos, los más pasionales, los más contradictorios y vivos. Nótese que junto a ellos están los niños de edad temprana:

- En *Amor y Pedagogía*, Avito Carrascal, Marina, niño Apolodoro, niña Rosita
- En *Niebla*, Narrador Unamuno, Augusto Pérez, madre de Augusto.
- En *Abel Sánchez*, Joaquín, Abel, Joaquinita, nieto de Joaquín y Abel.
- En *La tía Tula*, Rosa, niño, Ramiro, Gertrudis (empieza soñar en el cap.18)
- En *San Manuel Bueno, mártir*, Manuel, Blasillo el bobo.

Obsérvese que, junto a los personajes más revulsivos, más agónicos, más contradictorios consigo mismos aparecen los niños como figuras de contrapunto. Los niños, que en general están representados en la temprana edad, aparecen directamente asociados a la inocencia. En un momento, Joaquín dice de su pequeña hija: “soñando su inocencia” y “la inocencia de

su sueño”, y todo el ámbito que en torno a ellos se genera responde a esta lógica. Ahora bien, resulta lícito indagar cómo se articulan estos personajes con las vidas trágicas de quienes los rodean, pues no creo que aparezcan tan reiteradamente en las obras trabajadas sólo para oponerlos a los personajes agónicos. Creo que la intención de Unamuno de incluir bajo un mismo designio tanto a los “pecadores” como a los “inocentes” aspira a establecer la idea de que el verdadero sueño debe ser colectivo. Trasciende la instancia individual para incluir a “todos” en la conformación de “la vida”:

¡Pobres montecatos –escribe Unamuno en la “Historia de *Niebla*”- los que suponen que vivo torturado por mi propia mortalidad individual! No, sino por la de todos los que he soñado y sueño, por la de todos los que me sueñan y sueño. Que la inmortalidad, como el sueño, o es comunal o no es (*Niebla*, p. 63)

-Tú, Ángela –le dice don Manuel- reza siempre, sigue rezando para que los pecadores y todos sueñen hasta morir la resurrección de la carne y la vida perdurable... (*Manuel*, p. 139)

Pero Unamuno todavía va a ir más allá en la idea del soñar colectivo. Considero que la idea se cristaliza definitivamente en San Manuel Bueno, mártir, en el siguiente pasaje:

¡Hay que vivir! Y él me enseñó a vivir – dice Lázaro de Manuel, él nos enseñó a vivir, a sentir la vida, a sentir el sentido de la vida, a sumergirnos en el alma [de las cosas], para perdernos en ellas, para quedar en ellas. Él me enseñó con su vida a perderme en la vida del pueblo, de mi aldea. (...) No vivía yo ya en mí, sino que vivía en mi pueblo y mi pueblo vivía en mí (*Manuel*, p. 145)

Aquí, soñar significa permanecer (vivir eternamente) en el alma de las cosas que rodean al hombre, ser constituyente de sentido del pueblo en que se vive y visceversa, es decir, lo que rodea al sujeto adquiere sentido en su alma, en su esencia, en su espíritu. Los hombres que sueñan constituyen las cosas y las cosas los constituyen, los significan. Creo que esta imagen es la que mejor vincula su quehacer literario –al menos el de estas obras- con su discurso histórico y político que desarrolló vastamente en los periódicos de su época.

Por otra parte, y ateniéndonos a lo que se planteó en el principio –la posible influencia de los estudios psicológicos en el pensamiento de la época-, puede resultar provechoso intentar una modesta lectura de las obras unamunianas propuestas desde una perspectiva que tenga en cuenta ciertos preceptos de la psicología de Freud sobre el sueño.

Los estudios freudianos han dado cuenta de que el inconsciente incluye la vida instintiva, cuyos derivados en forma de deseos pugnan por su satisfacción. ¿Qué otro proceso sino el modo de pensamiento del inconsciente encontramos en los personajes unamunianos? Son seres pulsionales, que se ven arrastrados por los celos, por el deseo de venganza, por la necesidad de satisfacer el instinto maternal, por la humillación, etc. Parece que no existe para ellos una razón ni una lógica prácticas que los ayude a actuar; las condiciones dadas por el mundo que los rodea no les ofrecen alternativas favorables para superar sus pensamientos contradictorios. Mejor dicho, estos entes de ficción oscilan entre dos formas de pensamiento, pero el pensamiento ilógico, que irrumpe involuntariamente, prevalece, dejando al personaje perplejo en su propia confusión.

De acuerdo con los estudios psicológicos, normalmente la forma de pensar primaria, propia de los infantes de temprana edad, se manifiesta mediante un lenguaje figurativo que no tiene palabras a su disposición; que no distingue entre pasado, presente y futuro; que pasa por alto las contradicciones, etc. Así, bajo estos preceptos, se delinea, por ejemplo, el personaje del niño Apolodoro en el momento que comienza a hablar:

(...) adiéstrase en la única potencia divina, burlándose de la lógica. *Despiértase* el santo sentido de lo cómico, *se recrea en toda incongruencia y en todo absurdo*. Ríe de todo corazón, de corazón de niño, echando hacia atrás la cabecita, todo ensarte de palabras sin sentido, goza con romper el nexo lógico de la asociación de ideas y el cincho de su enlace normal, espaciase por el campo de lo incongruente (*Amor*, p. 60).

La lógica de pensamiento del infante, que es semejante a la del sueño, le produce al niño un estado de satisfacción tal que lo hace “reír de corazón”. Esto es así, pues no ha desarrollado aún el pensamiento secundario, lógico. Cuando esto ocurre, el personaje Apolodoro se convierte en trágico, ambas

esferas del pensamiento se cruzan en él provocándole un sueño consciente ambiguo del que no escapa, la “incongruencia” y el “absurdo” se cruzan con la razón y la lógica, hecho que lo conduce finalmente al suicidio. El pensamiento primario aparece cuando el “yo razonante” se debilita, o sea, durante el sueño, pero este proceso surge también en las fantasías de los pacientes afiebrados y en los delirios de los enfermos mentales. De otro modo, el sueño en el hombre dormido se equipara al delirio en el hombre despierto. La agonía del personaje unamuniano surge de soñar despierto, consciente, bordeando, por instantes, los límites de la locura:

Pasé una noche terrible –dejé escrito en su Confesión Joaquín-, *volviéndome a un lado y otro de la cama, mordiendo a ratos la almohada, levantándome a beber agua del jarro del lavabo. Tuve fiebre. A ratos me amodorraba en sueños acerbos* (Abel, p. 41).

Joaquín llegó a su casa también *febril*, pero con una especie de *fiebre de hielo*. “¡Y si se muriera!...”, pensaba. Echóse vestido *sobre la cama y se puso a imaginar* (...) (Abel, p. 46).

“(...) y aquí encadenaba *los más locos de mis sueños*; mas, por otra parte, esa misma pasión fangosa, el exceso de mi despecho y mi odio me quitaba serenidad de espíritu” (Abel, p. 50).

En los momentos de tregua, teniendo Rosa entre sus manos, *húmedas y febriles*, las manos temblorosas de Ramiro, clavados en los ojos de éste sus *ojos henchidos de cansancio* de vida, sonreía tristemente, volviéndolos luego al *niño que dormía* allí cerca (...) (Tula, p. 39).

Y se le antojaba que el *calor de su carne, enfebrecida* a ratos por la *fiebre de la maternidad virginal*, de la virginidad maternal, daba a aquella leche industrial una virtud de vida materna y hasta que pasaba a ella, por misterioso modo, algo de los *ensueños* que habían florecido en aquella cama solitaria. (Tula, p. 73).

Sufría frecuentes *embaimientos, desmayos*, y durante días enteros *lo veía todo como en niebla*, como si fuese bruma y humo todo. Y *soñaba; soñaba* como nunca había soñado (Tula, p. 78).

–Ven acá, ven. Tu dirás que el señorito *Augusto se ha vuelto loco*, ¿no es así?. Pues no. Es que lo ha estado hasta ahora, o mejor dicho, es que he estado hasta ahora *tonto*, perdido en una niebla, ciego... No hace sino muy poco tiempo que *se me han abierto los ojos* (Niebla, p. 132).

–¿Me querrás tu, Rosario; dime, me querrás tu?– y la apretaba *como loco* contra su pecho (Niebla, p. 134).

El pobre *fue a acostarse ardiéndole la cabeza*. Y al echarse en la cama, a cuyos pies dormía Orfeo, se decía: “Ay, Orfeo, esto de *dormir solo, solo, es la ilusión, la apariencia*; el sueño de dos es ya la verdad, la realidad. ¿Qué es el mundo real sino el sueño que soñamos todos, el sueño común?”. Y cayó en el sueño (*Niebla*, p. 135).

(...) don Manuel oía en silencio [las oraciones] y cogido por la mano de *Blasillo [el bobo]*, que al son del ruego se iba *durmiendo* (...) Y al ir a despertar a Blasillo nos encontramos con que se había dormido en el señor para siempre (*Manuel*, p. 140)

No queda lugar a dudas, a partir de las citas presentadas, de la relación intrínseca que existe entre el sueño y la idea de pensamiento primario que postula Freud. No obstante, a diferencia de su teoría, Unamuno insiste en la idea de que el sueño se hace consciente en sus personajes, por lo tanto lo viven, lo materializan.

Por otra parte, desde el punto de vista fisiológico, los efectos de la vigilia prolongada -falta de sueño- también son semejantes a los de la locura: histeria, fiebre, alucinación. Desde esta perspectiva, los entes de ficción unamunianos manifiestan su deseo de dormir, en tanto relajar y descansar la mente y el cuerpo, pero esto les resulta imposible. Padecen las causas del insomnio, especialmente un excesivo trabajo mental, un marcado cansancio corporal e incontrolables pasiones del ánimo. Y es esta vigilia de quien padece insomnio un sueño conciente, una alternativa provocada para suplir esa carencia de descanso, de alienación, alternativa inducida, voluntaria, razonada. El sueño unamuniano no es más que insomnio: una forma de vida en constante actitud de pasión y de excitación.

La incoherencia, el desfase del mundo que perciben los personajes unamunianos, que es el mismo en el que viven, los hace estar metidos en la lógica del sueño. Esa “locura” que padecen, ese estado agónico, es propio de quien hace consciente su sueño, quien lo vive, quien le da vida. “O de los que creen vivir despiertos, ignorando que solo se está de veras despierto el que tiene conciencia de estar soñando, como solo está de veras cuerso el que tiene conciencia de su locura” (*Niebla*, 61)

La vida es una metáfora del sueño. Si el sueño es una representación de sucesos ilógicos, inexplicables, es en gran medida equiparable a la vida real del hombre, que está en continua discrepancia y contradicción consigo mismo, siendo, queriendo ser otro, anhelando ser otro. Pensemos en Joaquín, quien quiere ser Abel, pero a su vez quiere mejorar a Joaquín, e

insiste en ambas cosas; pensemos en Manuel, quien quiere tener fe, pero cree no tenerla, pero en realidad la tiene al negarla. Esto los lleva a una instancia casi demencial, arrastrados por ese nivel de pensamiento primario –según Freud-, que los conduce indefectiblemente a la muerte cuando lo otro desaparece y no es posible la disyuntiva, la discusión, la convivencia de los opuestos.

La presencia en el hombre de su conciencia y de lo otro –aquello que atormenta su conciencia, su lógica y lo desestabiliza- es una necesidad involuntaria de los personajes de ponerse en duda, de contradecirse, de cuestionarse, de saberse no completos e inacabados. Hacen consciente esta dialogía, esta ambigüedad que convive en ellos, pero saben que son incapaces de superarla jamás. Esto genera la angustia trágica.

Nada se plasma de manera más exacta que la intención de Unamuno escritor de decirnos a nosotros, los lectores de sus sueños, que somos también nosotros sueño, como si resonasen en ecos las palabras que Augusto Pérez le gritase a su conciencia, “¡Dios dejará de soñarle!”. La experiencia de lectura va cobrando sabor amargo a medida que se avanza en la obra; no obstante, al distanciamiento primero que se produce en la apropiación de los personajes trágicos le sigue una paulatina construcción de identificación simpatética, que deviene en consecuencia de la búsqueda frustrada por parte del lector de la “lógica unívoca” del personaje. El lector, que termina por percibir las ambivalencias del pensamiento ficcional, queda suspendido en un estado de confusión semejante que finaliza, en trágico reconocimiento, aceptando –o al menos haciendo consciente- la dialéctica del sueño a la que nos moviliza don Miguel de Unamuno. Nos hace gruñir para que no durmamos.

*Universidad del Comahue, Argentina.
Centro de estudios Clásicos y Medievales*

E. KLEIN

Obras citadas

Diccionario Enciclopédico Hispano- Americano, Montaner y Simón & Sociedad Internacional, Barcelona- Buenos Aires, 1912.
Freud, Sigmund, *Los textos fundamentales del psicoanálisis*, Altaya, Barcelona, 1996.

- Marías, Julián, *Miguel de Unamuno*, Espasa Calpe, Austral, Buenos Aires, 1950.
- Unamuno, Miguel de, *Abel Sánchez*, Cántaro, Buenos Aires, 1999.
- Unamuno, Miguel de, *Amor y Pedagogía*, Espasa Calpe, Austral, Buenos Aires, 1952.
- Unamuno, Miguel de, *De esto y de aquello*, Espasa Calpe, Austral, Madrid, 1973.
- Unamuno, Miguel de, *La tía Tula*, Editores Mexicanos Unidos, Méjico, 1981.
- Unamuno, Miguel de, *Niebla*, Huemul, Buenos Aires, 1988.
- Unamuno, Miguel de, *San Manuel Bueno, mártir*, Cátedra, Barcelona, 1996.